

El Edipo desde la perspectiva psicosocial¹

Samuel Arbiser

Todos los fenómenos humanos son, indefectiblemente, también sociales [...] porque el ser humano es un ser social. Más aún, la psicología es siempre social, y con ella se puede estudiar también a un individuo tomado como unidad.

J. Bleger

En el marco de la perspectiva psicosocial del psicoanálisis, en este trabajo me propongo enfocar el Edipo como el dispositivo encargado del registro de las diferencias en la “realidad humana”. Por lo tanto, más que insistir acerca de su fenomenología, ampliamente reconocida como exponente de la sexualidad infantil, se trata de focalizar —en un nivel mayor de abstracción— el sentido o, en otros términos, hacia dónde apunta finalmente el funcionamiento de tal dispositivo. Para este propósito dedicaré una primera parte a precisar lo que entiendo por “la perspectiva psicosocial del psicoanálisis”; una segunda parte a “la familia y el Edipo” como la esencia del dispositivo y, finalmente, una breve tercera parte para señalar en forma esquemática las resultantes de su funcionamiento: las dos organizaciones fluctuantes del psiquismo, Narciso y Edipo.

¹ Trabajo aceptado por el Congreso Internacional de IPA, Buenos Aires, 2017.

La perspectiva psicosocial del psicoanálisis

Esta perspectiva que se adjudica a las originales enseñanzas de Enrique Pichon Rivière y que contó con la adhesión y la creativa producción de vastos sectores del pensamiento psicoanalítico rioplatense, está sustentada en una concepción del “ser humano” diferente de la tradicional. Justamente, esa perspectiva difiere al entender al hombre inmerso e indisociable de su contexto sociocultural e histórico, *el hombre en situación*.² De ahí que la psicología adquiriera el carácter que Bleger le asigna y que resalto en el epígrafe. Con el calificativo de “originales” con que inicio este trabajo no pretendo entrar en la competencia del orden de prelación de las ideas, dado que no me es ajena la convicción del surgimiento muchas veces simultáneo de pensamientos afines en latitudes distintas. Aunque así se podría aportar a una de las posibles explicaciones a insistentes interrogantes generados en distintos ámbitos internacionales acerca de la relevancia y pujanza del psicoanálisis argentino de la segunda mitad del siglo pasado y que seguramente muchos desearíamos mantener. Cabe citar como ejemplo de tales interrogantes al psicoanalista norteamericano Jay Greenberg (2013, p. 1) cuando escribe “produce asombro en su *anticipación* de las más importantes controversias que han preocupado a los pensadores analíticos trabajando a lo largo de *todas las regiones geográficas* y dentro de *todas las tradiciones teóricas* [...]” (resaltado mío) (se refiere a Bleger, aunque reconoce a E. Pichon Rivière como su mentor). Esta misma perspectiva psicosocial, por otra parte, no es sólo privativa de pensadores psicoanalíticos, en tanto se puede registrar también en otros campos disciplinarios afines, como serían los aportes de la neurociencia. Viene al caso también citar a A. Damasio (1996) en su conocido libro cuando afirma: “El genoma humano especifica con gran detalle la construcción de nuestro cuerpo, incluyendo el diseño global del cerebro, pero no todos los circuitos se desarrollan ni trabajan activamente como lo fijaron los genes. Gran parte de la cir-

² Denominación que Pichon Rivière toma de J. P. Sartre y éste de K. Marx. Tampoco puede ignorarse en esta concepción del ser humano la influencia del pensamiento filosófico hegeliano.

cuitaría cerebral es *individual* –en cualquier momento dado de la vida adulta– es *única* y refleja auténticamente la *historia y circunstancias del organismo*” (p. 288) (resaltado mío). Y agrega, apenas más adelante: “todo organismo humano opera en *colectivos de seres similares*; la mente (y conducta) de los individuos pertenecientes a esos colectivos, al operar en *medios culturales* y físicos específicos, no sólo se moldea por la acción de los genes. Para entender satisfactoriamente la fábrica cerebral de la mente y el comportamiento hace falta considerar su *contexto cultural y social*.” (p. 288) (resaltado mío).

Esta corriente del pensamiento psicoanalítico psicosocial de nuestro medio, me impulsó a dar un nuevo paso en mi propia reflexión psicoanalítica; reflexión fuertemente atraída por una vislumbre que podría considerarse laxamente antropológica; vislumbré que entiende al “hombre” como un “habitante del ecosistema humano”; ecosistema conformado por una realidad “construida” y no por la realidad “dada”, como es el mundo natural en el cual habitan los demás seres biológicos. Estos últimos nacen, viven y mueren en las azarosas vicisitudes de la realidad natural movidos en forma casi exclusiva por la dotación instintiva; en cambio, nosotros como *Homo sapiens* moderno³ –eso somos– *construimos* una realidad a través de la manipulación orientada al dominio y usufructo de la naturaleza y de la secuencia interminable de ensayos de imperfectos –justamente por ser contruidos– sistemas de convivencia: el complejo y heterogéneo sistema sociocultural que conforma la realidad humana. Dado que nacemos prematuros y –consecuentemente– requerimos una prolongada asistencia para lograr la supervivencia, nuestra dotación instintiva es, entonces, temprana y radicalmente modificada por la impronta sociocultural que el neonato recibe a través de su entorno: ¡debemos aprender⁴ a vivir! Y así de los automáticos instintos animales nos queda apenas el vector pulsional de las necesidades y el dispositivo de la

³ Se calcula que el *Homo* es anterior a 2 millones de años. Los “humanos modernos” (poseedores de un cerebro de 1350 cm³ y del consecuente lenguaje articulado) aparecen en los últimos 200.000 años (Leakey, R., (2000), p. 166).

⁴ Aunque lo incluye, no se trata de aprender en el sentido meramente escolar. Podemos entender ese aprendizaje fundido al concepto más amplio de crianza y que en el psicoanálisis se focaliza en el desarrollo psicosexual.

angustia para detectar los peligros, también radicalmente modificado. Por razones que la antropología moderna explica⁵, el bebé nace prematuro y, por consiguiente, la niñez del *Homo sapiens* es extremadamente dilatada en relación –incluso– con sus parientes biológicos más cercanos, los grandes simios (R. Leakey, ya citado, pp. 69 y ss.). Sos-tengo que la “prematurnidad”, consubstancial con el desvalimiento y la inmadurez, y la “latencia”, ambos fenómenos exclusivos de nuestra especie, conforman el hiato de permeabilidad por donde se introduce la herencia sociocultural de centenares de siglos que cada individuo debe incorporar para acceder a tal azaroso aprendizaje. Huelga afirmar que el exclusivo y sofisticado psiquismo humano es el corolario de este proceso de internalización y el encargado de alguna forma de adaptación –más o menos exitosa o fallida– a la mentada realidad humana. No es ocioso recordar, además, que la prematuridad ya había adquirido en psicoanálisis un énfasis esencial en la reformulación de la teoría de la angustia de Freud (1926), así como la función de la latencia también puede recabarse en estas sugestivas palabras del creador del psicoanálisis: “herencia del desarrollo hacia la cultura.” (1923a, p. 37)

De paso conviene advertir el contraste entre la evolución de la biología humana que desde la aparición del “*Homo sapiens* moderno” hasta la fecha apenas acusó cambios casi imperceptibles, por una parte y las condiciones socioculturales, que desde los albores de la humanidad hasta nuestros días produjeron –y siguen produciendo– modificaciones drásticas en nuestros sistemas de convivencia y en la producción y administración de los bienes materiales y culturales, por la otra. Esta dimensión diacrónica todavía puede apreciarse en forma más dramática en la dimensión sincrónica, a instancias de los hallazgos en las tan controvertidas como inevitables colonizaciones, comparando los sistemas de vida del hombre en las actuales sociedades “civilizadas” y algunos nichos de existencia humana en la geografía donde todavía se vive en las condiciones del “hombre primitivo”. Aunque provenga de la ficción literaria, puede ser instructiva la des-

⁵ La incompatibilidad entre la bipedestación y el tamaño del cráneo humano lleva a que la gestación dure sólo 9 meses.

cripción que J. J. Saer (2012) hace en su novela *El entenado* (pp. 47 y ss.) de las costumbres y de la ceremonia ritual de desborde sexual y canibalismo de los aborígenes en ocasión del encuentro entre los colonizadores españoles y los indios colastiné del Río de la Plata en los albores del siglo XVI. Arriesgando posibles cuestionamientos a la “subjetividad” de estos comentarios, sin apelar a comparaciones tan extremas, tómesese como mero ejemplo de ese contraste en nuestro mundo contemporáneo –las primeras décadas del siglo XXI– de las condiciones de vida y los códigos de valores de la mujer en los estados teocráticos musulmanes, por un lado, y en los países escandinavos, por el otro.

Sólo para mencionarlo, y con la mera intención de ampliar el panorama de la temática: la cuestión de la herencia cultural y sus mutaciones y la naturaleza de sus dispositivos son también estudiados en otras disciplinas. Merecen atención los aportes del etólogo Richard Dawkins (2002), quien aborda el tema en su famoso libro, equiparando los “memes” y los genes, en tanto “replicadores”, ambos, de los contenidos de la cultura y de los rasgos biológicos respectivamente.

La familia y el Edipo⁶

Así como sin verlo ni olerlo el aire conforma nuestro vital ambiente, también flotamos en un universo semántico de valores y contenidos de la cultura y de la organización social, que llamamos “universales”. Éstos asumen una versión “particular” para cada grupo y regulan las relaciones entre los diversos estamentos y los individuos entre sí. Uno de los estamentos básicos de la sociedad –la célula elemental, podría decirse– lo constituye el grupo familiar (cualquiera fuera su conformación de acuerdo con los tiempos), en quien la misma sociedad delega la tarea de su supervivencia y su continuidad. Es decir, tiene a su cargo la reproducción de los individuos, su crianza y su formación. Cada familia –en términos de una definición muy amplia– está con-

⁶ Esta parte y la siguiente son transcripciones, con algunas modificaciones, de los párrafos de los mismos títulos de *El Grupo Interno. Piquis y Cultura* (2013).

formada como un grupo en el que convive en forma simultánea un número variable de individuos con roles diferenciados (en el mejor de los casos) en función de ese objetivo; configurando una organización sustentada por reglas y normas implícitas y explícitas (la ley) que regulan las relaciones inherentes a esa convivencia. Es en el seno de la vida familiar donde se aprenden y ejercitan los fundamentos básicos de los roles sociales y donde se transmite, se procesa y se reproduce la herencia cultural a través de los canales conductuales, preverbales y verbales de la comunicación humana. Pichon Rivière (1971, tomo II, p. 191) dice:

“Malinowsky insiste en la imposibilidad de imaginarse cualquier forma de organización social carente de estructura familiar. Ésta constituye la unidad indispensable de toda organización social, a través de la historia del hombre. La familia adquiere esta significación dinámica para la humanidad porque mediante su funcionamiento, provee el marco adecuado para la definición y conservación de las *diferencias humanas*, dando forma objetiva a los roles distintivos, pero mutuamente vinculados del padre, de la madre y del hijo, que constituyen los roles básicos de todas las culturas.” (resaltado mío)

Así como en el lenguaje, en el que puede diferenciarse una estructura innata universal biológicamente determinada por una parte, y una multiplicidad de lenguas locales (Pinker, Steven, 1995) por la otra, lo mismo se podría decir del Edipo: su estructura disposicional innata universal como *dispositivo para el registro de las diferencias* y su realización singularizada en sus infinitas variantes.

Disperso en la saga de los pueblos y en la creación literaria, debemos al genio de Freud la introducción de la universalidad del complejo de Edipo en el discurso científico en el contexto de sus decisivos aportes acerca del desarrollo sexual infantil. Complejo, cuya resolución bajo el imperio del complejo de castración, completa la estructuración de las instancias del aparato psíquico y del clivaje entre consciente e inconsciente culminando así la inicial represión “primaria”. (Freud, 1923 a, 1923 b)

Una reflexión en perspectiva debería encontrar en los oráculos del mito griego el significado de la determinación supraindividual e inevitable de la trama, por encima de las voluntades individuales de los protagonistas, lo que permitiría vislumbrar en el Edipo la realización de la tendencia evolutiva de la sociedad y la cultura conducente a su organización a partir de la instauración de *diferencias*; diferencias que conllevan prescripciones. En pocas oportunidades Freud (1916/7, tomo 5, p. 188) se expide tan claramente en el sentido de este trabajo, cuando visualiza a los padres como intermediarios del mandato social, como en la siguiente cita: “La hija encuentra en la madre la autoridad que cercena su voluntad y la persona a quien se ha confiado la misión de imponerle esa renuncia a la libertad sexual que la *sociedad demanda*. Para el hijo el padre encarna toda la *coacción social*, que soporta a disgusto.” (resaltado mío). Por lo tanto, tomado en forma global se pueden detectar en el Edipo las líneas elementales y fundamentales de las *diferencias* determinadas por la impronta de la organización familiar y que sustentan las infinitas variantes que se darán posteriormente en la vida social. Estas diferencias son:

- a. especularidad / alteridad
- b. nivelación generacional / brecha generacional
- c. simetría sexual / diferencias de sexos
- d. inmortalidad / mortalidad

Si bien el complejo de castración está referido clásicamente al logro de la diferencia de sexos, abarca a su vez, los demás aspectos del trabajoso y doloroso proceso de *diferenciación*. Este proceso de diferenciación adquiere un sesgo restrictivo de la *omnipotencia* propia de la organización narcisista del desarrollo que, a mi entender, deriva necesariamente de la *impotencia* propia del desvalimiento infantil en particular, y del desvalimiento del ser humano en general.

Parecería que la época victoriana en que vivió Freud lo llevó a privilegiar más en la construcción de sus teorías el sesgo restrictivo de la cultura sobre lo pulsional (Freud, 1930) que el aspecto *organizativo y regulatorio* (que incluye asimismo la restricción) del mapa libidinal y de los intercambios sexuales y agresivos entre los seres humanos. En este sentido arriesgo mi impresión personal de que cierto matiz “con-

testatario” de algunas culturas psicoanalíticas partiría de ese malentendido entre organización y regulación por una parte y la restricción autoritaria por la otra.

Edipo y Narciso

Consecuentemente, si se toman las filas a., b., c. y d., y se dividen en dos columnas en sentido vertical pueden configurarse las dos formas organizativas alternantes y mutuamente necesarias en que la vida humana se desenvuelve normalmente: la organización narcisista cuyo eje es la *omnipotencia* por un lado, y la organización triangular edípica, cuyo eje es la *diferenciación*, por la otra. Conviene aclarar que uso el término omnipotencia en un sentido amplio que incluye la omnipotencia constitutiva del narcisismo del desarrollo (Kohut, 1966) en el camino de ida y que debe diferenciarse en el camino regresivo de las distintas maneras de defensa narcisista frente a la realidad, que abarca la desmentida (*Verleugnung*) y la desestimación (*Verwerfung*) en la teorización freudiana, y la identificación proyectiva en sus diversas modalidades en los desarrollos teóricos de los kleinianos y poskleinianos. En cambio la “diferenciación” implica, en términos intrapsíquicos, la represión primaria estructurante que sostiene el clivaje Inc.-Prec.-Cc., concomitante con el perfeccionamiento y funcionamiento del “aparato simbólico” (Lieberman, 1982), que debe contrastarse con la represión patológica que reúne una serie de mecanismos que Freud (1926) describe detalladamente en los seis primeros capítulos de *Inhibición, síntoma y angustia*.

Obviamente, estas dos organizaciones fluctuantes y alternantes no abarcan toda la heterogeneidad del psiquismo. La psicopatología, especialmente la que abordamos en nuestros consultorios actuales, nos confronta cada vez más con la necesidad de “construir” psiquismo allí donde está precariamente organizado o francamente desorganizado.

Bibliografía

- Arbiser, S. (2013): *El Grupo Interno. Psiquis y Cultura*. Buenos Aires: Biebel.
- Bleger, J. (1963): *Psicología de la conducta*. Buenos Aires: Eudeba.
- Greenberg, J. (2013): Comentario a ‘Teoría y práctica en psicoanálisis: praxis psicoanalítica’ de José Bleger. Foro de discusión en Internet coordinada por Gustavo Jarast.
- Damasio, A. R. (1996): *El error de Descartes*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1999.
- Dawking, R. (2002): *El gen egoísta*. Barcelona: Salvat.
- Freud, S. (1916/7): Conferencias de Introducción al Psicoanálisis. *O. C.* Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1923a): El Yo y el Ello. *O. C.* Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1923b): La organización genital infantil. *O. C.* Tomo XIX. Amorrortu. Buenos Aires
- (1926): Inhibición, síntoma y angustia. *O. C.* Tomo XX. Amorrortu. Buenos Aires
- (1930): El malestar en la cultura. *O. C.* Tomo XXI. Amorrortu. Buenos Aires
- Kohut, H. (1966): Formas y transformaciones del narcisismo. *Revista de Psicoanálisis*, APA.
- Lieberman, D. (1982): *Del cuerpo al símbolo*. Buenos Aires: Kargieman.
- Leakey, R. (2000): *El origen de la humanidad*. Madrid: Debate.
- Pichon Rivière, E. (1971): *Del Psicoanálisis a la Psicología Social*. Buenos Aires: Galerna.
- Pinker, S. (1995): *El instinto del lenguaje*. Madrid: Alianza.
- Saer, J. J. (2012): *El entonado*. Buenos Aires: Planeta.

